



EN LA BENEFICIENCIA.

Nuevamente una cariñosa invitación de mis buenos amigos los señores de Muñoz Jalón, hace que con verdadera complacencia aproveche la oportunidad que aquella me brindó, para ocuparme de este establecimiento de nuestra ciudad, que ayer vistiese de gala para celebrar una fiesta como todas las suyas, por demás hermosa e interesante. Es el ir a la Beneficencia algo así, como penetrar en el interior de una familia muy bien avenida y no menos organizada, por lo tanto no puede haber violencia en ello, antes por el contrario, siempre se encuentra uno allí con aire puro que respirar, y además unas hermanas que con la práctica de su humilde y callada caridad, así como con su ejemplar virtud, enseñan mucho, que en nosotros quisiéramos ver fuera del recinto, y perdóneseme esta digestión.

Volviendo pues al objeto principal de estas líneas, intentaré hacer un bosquejo de lo que presenciamos, que escapa a mi torpe pluma, y es por otra parte empresa difícil, pues las sensaciones que el alma experimenta, no pueden precisarse en la fría superficie de un papel; sería tanto como pretender que de las notas de un pentagrama en el trazado, saliese el dulce sonido y matizado que el hábil músico nos transmite con su genio, que es un don de Dios.

Pero en fin, no obstante tamañas dificultades, lo que vieron mis ojos, forzoso es que relate aunque sea de manera desaliñada, creyendo que así correspondo en parte a la amable invitación que se me hizo.

Se presentó ante nosotros un cuadro que integraban factores de gran relieve que trataré de describir. Su fondo lo formaba la caridad cristiana, que es el ambiente que envuelve a aquella casa, siendo dos figuras las que con marcadísimos rasgos se destacaban en él. Era la primera la de una cariñosa madre siempre propicia al sacrificio, y siempre pronta también a recoger para sí, con orgullo, los triunfos y laureles de sus hijos, gozándose con ello, puesto que es la compensación desinteresada y única que cabe en un corazón maternal, todo abnegación. Era la otra figura, la del hijo que rebosando gratitud y cariño, viene a aquella madre para expresarle hasta qué grado llena su alma el amor que le ha prodigado, y cobijándose bajo su siempre bienhechora protección ofrécele el fruto de sus trabajos en un momento muy solemne para él. Lo hace en el acto de consagrarse como sacerdote al servicio del Señor de los cielos y tierra. Dudamos que pueda pintarse tan bello cuadro!

Y sacando ahora aquellas interesantes figuras que sobre fondo tan ideal formaban admirable conjunto, se las presentaré a mis lectores, aunque estimo que ello no sería preciso, pues bien claramente ellas mismas se delatan. La cariñosa madre, es la Diputación palentina, que velando los pasos de uno de sus hijos, a quien amorosamente adoptó apenas contaba pocos años, lo crio al calor y bajo la dirección de las incomparables Hijas de San Vicente, que supieron formarle un corazón tierno, que supo ser agradecido, correspondiendo a aquellos desvelos y sacrificios, enalteciendo con su carrera sacerdotal la labor de sus maestros.

El hijo amado lo es, el hoy presbítero don Pedro Álvarez González, que cantó ayer su primera Misa en la capilla del establecimiento benéfico. Estaban pues muy justificadas las galas que vestía la casa; fuimos testigos de la correspondencia mutua entre hijo y madre, el primero brillando aquélla con el término de tan honra carrera y la segunda mostrando su fundado orgullo viendo llegado el límite de una visión social y sublime. La capilla estaba adornada con el mayor gusto e iluminada por verdadero derroche de luz, y hasta el día, con su diáfano cielo y esplendida claridad, parecía sonreír regocijado.

¿Qué decir de la función religiosa? Que resultó brillantísima, viéndose al misacantano, a quien apadrinaban como seglares los señores de Muños Jalón, que ocupaban el puesto preferente en el presbiterio, y como eclesiástico, don Jaime Jubete, sumamente conmovido.

civil de la provincia, y en sitios preferentes también, don Guillermo Jubete, vicepresidente de la Comisión provincial; el diputado señor Diezquijada; exgobernador señor Polanco, y el que estas líneas traza, siendo la concurrencia en el templo muy numerosa y escogida.

La oración sagrada estuvo a cargo de don Domingo Martín, afligido por reciente desgracia de familia. No obstante la casi improvisación de su discurso, estuvo elocuentísimo, conmoviendo honradamente al auditorio. Versó aquel sobre lo que es el sacerdote y la misión que debe desempeñar, excitando al nuevo presbítero, con frases en extremo tiernas, a seguir con valor el camino que hoy comenzaba para él, erizado de espinas, pero fácil, llevando por guía la luz del Espíritu Santo y la fe en Cristo. El orador fue felicidísimo. Por nuestra parte lo hacemos también muy sinceramente a la capilla musical, hábilmente dirigida por don Máximo Penche, profesor de la casa.

Terminado el besamanos, los invitados fuimos obsequiados con exquisita comida servida por el Gran Hotel, ocupando las presidencias de la mesa el señor gobernador que tenía a su derecha la distinguida señora doña Concepción Junco de Polanco y a su izquierda, a la señora de este mal cronista. La otra presidencia la tenía el nuevo presbítero a cuyos lados se sentaron los señores de Muños Jalón y a derecha e izquierda de ambas presidencias los demás invitados, incluso la hermana y demás individuos de la familia del festejado.

La comida puso fin a una fiesta que dejará recuerdo gratísimo en todos los que tuvimos la fortuna de ser partícipes de ella. Mil enhorabuenas a la Diputación de Palencia, que así sabe cumplir su alta misión, gracias sin cuento a las beneméritas hermanas de San Vicente, y mil felicitaciones, con un rendido testimonio de gratitud también a los padrinos del nuevo sacerdote, los señores de Muños Jalón, que tan admirablemente hicieron los honores de la casa.

Alfonso Shelly.

EN LA BENEFICENCIA

Nuevamente una cariñosa invitación de mis buenos amigos los señores de Muñoz Jalón, hace que con verdadera complacencia aproveche la oportunidad que aquella me brindó, para ocuparme de este establecimiento de nuestra ciudad, que ayer vistiose de gala para celebrar una fiesta como todas las suyas, por demás hermosa é interesante.

Es el ir á la Beneficencia algo así, como penetrar en el interior de una familia muy bien avenida y no menos bien organizada, por lo tanto no puede haber violencia en ello, antes por el contrario, siempre se encuentra uno allí con aire puro que respirar, y además unas *hermanas* que con la práctica de su humilde y callada caridad, así como con su ejemplar virtud, enseñan mucho, que en nosotros quisiéramos ver fuera de aquel recinto, y perdóneseme esta digresión.

Volviendo pues al objeto principal de estas líneas, intentaré hacer un bosquejo de lo que presenciámos, que escapa á mi torpe pluma, y es por otra parte empresa difícil, pues las sensaciones que el alma experimenta, no pueden precisarse en la fría superficie de un papel; sería tanto como pretender que de las notas de un pentágono en el trazado, saliese el dulce sonido y matizado que el hábil músico nos trasmite con su genio, que es don de Dios.

Pero en fin, no obstante tamañas dificultades, lo que vieron mis ojos, forzoso es que lo relate aunque sea de manera desaliñada, creyendo que así correspondo en parte á la amable invitación que se me hizo.

Se presentó ante nosotros un cuadro que integraban factores de gran relieve que trataré de describir. Su fondo lo

formaba la caridad cristiana, que es el ambiente que envuelve á aquella casa, siendo dos figuras las que con marcadísimos rasgos se destacaban de él. Era la primera la de una cariñosa madre siempre propicia al sacrificio, y siempre pronta también á recoger para sí, con orgullo, los triunfos y laureles de sus hijos, gozándose con ello, puesto que es la compensación desinteresada y única que cabe en un corazón maternal, todo abnegación. Era la otra figura, la del hijo que rebosando gratitud y cariño, viene á aquella madre para expresarle hasta qué grado llena su alma el amor que le ha prodigado, y cobijándose bajo su siempre bienhechora protección ofrece el fruto de sus trabajos en momento muy solemne para él. Lo hace en el acto de consagrarse como sacerdote al servicio del Señor de cielos y tierra.

Dudamos que pueda pintarse tan bello cuadro!

Y sacando ahora aquellas interesantes figuras que sobre fondo tan ideal formaban admirable conjunto, se las presentaré á mis lectores, aunque estimo que ello no sería preciso, pues bien claramente ellas mismas se delatan. La cariñosa madre, es la Diputación palentina, que velando los pasos de uno de sus hijos, á quien amorosamente adoptó apenas contaba pocos años, lo crió al calor y bajo la dirección de las incomparables Hijas de San Vicente, que supieron formarle un corazón tierno, que supo ser agradecido, correspondiendo á aquellos desvelos y sacrificios, enalteciendo con su carrera sacerdotal la labor de sus maestros.

El hijo amado lo es, el hoy presbítero don Pedro Alvarez González, que cantó ayer su primera Misa en la capilla del establecimiento benéfico. Estaban pues muy justificadas las galas que

vestía la casa; fuimos testigos de la correspondencia mútua entre hijo y madre, el primero brillando aquella con el término de tan honrosa carrera y la segunda mostrando su fundado orgullo viendo llegado el límite de una misión social y sublime.

La capilla estaba adornada con el mayor gusto é iluminada por verdadero derroche de luz, y hasta el día, con su diáfano cielo y espléndida claridad, parecía sonreír regocijado.

¿Qué decir de la función religiosa? Que resultó brillantísima, viéndose al misancantano, á quien apadrinaban, como seglares, los señores de Muñoz Jalón, que ocupaban puesto preferente en el presbiterio, y como eclesiástico, don Jaime Jubete, sumamente conmovido.

En el centro de la capilla, ocuparon, la presidencia el señor gobernador civil de la provincia, y en sitios preferentes también, don Guillermo Jubete, vicepresidente de la Comisión provincial; el diputado señor Diezquijada, exgobernador señor Polanco, y el que estas líneas trae, siendo la concurrencia en el templo muy numerosa y escogida.

La oración sagrada, estuvo á cargo

don Domingo Martín, afligido por reciente desgracia de familia. No obstante la casi improvisación de su discurso, estuvo elocuentísimo, conmoviendo hondamente al auditorio. Versó aquél sobre lo que es el sacerdote y la misión que debe desempeñar, excitando al nuevo presbítero, con frases en extremo tiernas, á seguir con valor el camino que hoy comenzaba para él, erizado de espinas, pero fácil, llevando por guía la luz del Espíritu Santo y la fé en Cristo. El orador fué felicísimo. Por nuestra parte lo hacemos también muy sinceramente á la capilla musical, hábilmente dirigida por don Máximo Penche, profesor de la casa.

Terminado el besamanos, los invitados fuimos obsequiados con exquisita comida servida por el Grand Hotel, ocupando las presidencias de la mesa, al señor gobernador que tenía á su derecha á la distinguida señora doña Concepción Junco de Polanco y á su izquierda, á la señora de este mal cronista. La otra presidencia la tenía el nuevo presbítero á cuyos lados se sentaron los señores de Muñoz Jalón y á derecha é izquierda de ambas presidencias los demás invitados, incluso la hermana y demás individuos de la familia del festejado.

La comida puso término á una fiesta que dejará recuerdo gratísimo en todos los que tuvimos la fortuna de ser partícipes de ella. Mil enhorabuenas á la Diputación de Palencia, que así sabe cumplir su alta misión, gracias sin cuento á las beneméritas hermanas de San Vicente, y mil felicitaciones, con un rendido testimonio de gratitud también á los padrinos del nuevo sacerdote, los señores de Muñoz Jalón, que tan admirablemente hicieron los honores de la casa.

ALFONSO SHELLEY